



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

EN EL DINTEL DE LA PUERTA CUENTOS

Néstor Fabián Pulido Pulido

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2014

En el dintel de la puerta Cuentos

Néstor Fabián Pulido Pulido

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al
título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director (a):

Alfonso Carvajal Rueda

Línea de profundización:

Narrativa (Cuento y novela)

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia

2014

A mis padres, mis mejores lectores.

Por mí se va hasta la ciudad doliente,

Por mí se va al eterno dolor,

Por mí se va a la gente condenada.

La justicia movió a mi alto hacedor:

Hízome la divina potestad,

la suma sabiduría y el primer amor.

Antes de mí ninguna cosa fue creada

sólo las eternas, y yo eternamente duro:

¡Perded toda esperanza los que entráis!

Dante Alighieri. Canto III, Infierno.

Resumen

Cuentos cercanos al terror, donde la psiquis de los personajes está en constante conflicto con el mundo que los rodea, con los otros a quienes se enfrentan. Lo siniestro de lo cotidiano, a partir de relaciones humanas fragmentadas y deshechas donde el punto de vista es determinante para reconocer la locura.

Palabras clave: Literatura colombiana, fantástico, Terror, autores, cuento, prosa, español.

Abstract

Nearby horror short stories where the psyche of the characters is in constant conflict with the world around them, with others who are facing. The sinister of everyday life, from human relationships fragmented and broken where the point of view is crucial to recognize the madness.

Keywords: Colombian literatures, fantasy, horror, authors, short story, prose, spanish.

Contenido

	Pág.
Resumen.....	VII
PRÓLOGO.....	9
DE LA PRESENCIA DEL PADRE.....	15
JANO	22
FUERZA DE VOLUNTAD	27
NIÑERÍAS	32
APEIROFOBIA	37
AL FINAL VA A QUEDARSE	38
POBRE PAJARITO	43
LA RATA	47
EL GRITO DEL ÁNGEL	52
BEATRIZ.....	53
ACOSTUMBRADA MATANZA	59
TODO LO QUE PUEDE OIRSE	64
EL EXCLUIDO	69
CUESTIÓN DE PERSPECTIVA	72
LA ESTACIÓN	73

PRÓLOGO

I.

Leo la colección de cuentos que ahora presento e intento identificar qué hay en ellos que no existía al comenzar a escribirlos. La diferencia más notable es el estilo escueto y conciso del lenguaje. Tal vez exagere pero en los primeros intentos de relatos que trabajé no puedo dejar de pensar en un parecido amorfo, y por tanto siniestro, con H.P. Lovecraft.

Sé que entre los lectores de literatura de terror existe un gran número de admiradores de Lovecraft, pero no me incluyo entre ellos. Su uso del lenguaje es cargado y obsoleto (ya en el primer decenio del siglo XX). Aunque sus temas son impactantes e ingeniosos, sus anécdotas risibles descansan en una premisa en la cual lo fantástico solo se manifiesta en lo terrorífico sobrenatural, en cargar constantemente de imágenes el relato para provocar una sensación de impacto en el lector.

Cuando comencé a escribir aquella premisa no me molestaba en absoluto. El primer cuento que trabajé para este proyecto tuvo características de esta índole: un lenguaje cargado, el adorno innecesario de efectos especiales. Entonces creía que la fuerza de un cuento radicaba en qué tan impactante fuera para el lector. Entre más elementos, referencias

y símbolos pudiera tener el relato, mejor. Que si necesitaba incluir diez alusiones de medios distintos, ¿por qué no? Que si podía jugar con imágenes grotescas y un lenguaje cargado, bienvenido. Al final en lo único que no pensaba era en lo que realmente importaba, y que vine a descubrir cuando leí a Raymond Carver: el personaje.

A muchos les puede parecer vacuo, pero Carver comprende muy bien que lo grandioso del cuento radica en su sencillez. Cuando leo *Vecinos*, *Una cosa más* o *El baño*, comprendo que el centro de un cuento es el personaje. Los acontecimientos, el ambiente, el tono y los personajes secundarios deben estar al servicio del protagonista. La narración se reduce a que al héroe le suceda una cosa extraordinaria —en el contexto lógico de la narración, por supuesto— y todo a su alrededor debe estar en constante puja con su ser, con aquello que hace al personaje vívido en tanto ser humano. Es decir, con sus virtudes, defectos, manías y especificidades propias.

Aquello es tan cierto ahora como cuando Chejov dijo “Si en un relato aparece un arma, debe ser disparada”. Yo interpreto esta afirmación de la siguiente manera: Los elementos en el cuento tienen una función primordial, necesaria. No puede existir nada que aparezca gratuitamente (ni siquiera el azar), pues lo que se narra queda impregnado en la mente del lector y éste va a exigir que se le aten todos los cabos. Por tanto, si en el relato es indispensable que el arma sea utilizada, se utilizará. Si no, pues no.

Además, la audacia de Carver siempre radica en que no complejiza lo sencillo, sino que simplifica lo complejo (sentencia de Adorno). Las ideas, las sensaciones y los pensamientos siempre pueden ser simplificados en las palabras adecuadas. Como decía Orwell: Menos siempre es mejor. Entonces, volviendo a mi experiencia, me rendí con aquel primer cuento. Los elementos que pretendía embutirle eran demasiados y siempre chocó con un personaje que nunca se pudo definir con plenitud. En su lugar, comencé a escribir de tal modo que siempre expresara lo más sencillo posible, dejando un vacío de sensaciones que el lector llenaría con su aproximación al texto. Este es un estilo muy común en la Biblia, donde lo escueto tiene un propósito fundamental de no explayarse en la complejidad psíquica de los personajes, sino que, más bien, lo sugiere a partir de los detalles fundamentales que generan el personaje: sus acciones, pensamientos e intervenciones.

Así concibo, también, a Kafka. Uno de sus mayores aportes ha sido, sin duda, la contundencia de sus oraciones. Cuando uno se enfrenta a ciertas situaciones planteadas por él, creo yo, su éxito en la verosimilitud radica en que no duda, jamás, de las atmosferas que propone. Por ello es que somos capaces de seguir la lectura de la *Metamorfosis* sin importar lo absurda que sea. Es tan pétrea la transformación de Samsa, que es irrelevante saber cómo es que se transformó, o por qué las actitudes suyas y de su familia son tan atípicas si se comparan con nuestras hipotéticas reacciones ante un evento así.

Para mí se convirtió esencial trabajar con este estilo. El tono de estos cuentos mantiene una frialdad metódica. No importa quién narre o lo que suceda, las oraciones no

pretenden delatar sensaciones en tanto declaraciones poéticas. Son, en su lugar, una cadena de afirmaciones, casi telegráficas, sin metáforas o tonos que expresen sensaciones por su musicalidad. Todo lo que importa en el cuento se puede encontrar en el personaje quien, espero, sea lo suficientemente definido como para transmitir su propia identidad.

II.

Para Lovecraft lo fantástico solo se puede manifestar en el terror y lo sobrenatural. En un momento dado me planteé la pregunta de si lo terrorífico es exclusivamente sobrenatural. ¿Por qué no pensar el terror de lo cotidiano? ¿Qué tan errado es creer que los eventos fantásticos tienen su origen en la mente humana?

De algún modo, lo asombroso es la norma. La locura, la convención. ¿Hay algo sorprendente en ello? No lo creo. Lejos han quedado ya los tiempos en que la locura era una forma de señalar al extraño, al diferente, al excéntrico. La locura ahora es la regla de la vida humana y el aparato social tiene prevista todas sus posibles manifestaciones. O eres un loco altamente funcional y te dejamos andar por ahí, o te encerramos y te eliminamos del registro oficial, dicen. Por esto yo considero que escribo sobre humanos en su cotidianidad, ni más ni menos.

Con todo no uso una noción constante de la realidad. Así, por ejemplo, los cuentos *La presencia del padre*, *Fuerza de voluntad*, *Todo lo que puede oírse* y *La rata* transmiten una locura

explícita. Las situaciones allí planteadas son el combate entre un ser y la realidad que lo rodea que es, al mismo tiempo, común al lector, lo que permite comprender la naturaleza enajenada del personaje. En cambio, en cuentos como *Niñerías*, *Beatriz* y *Jano* el entorno no es una relación uno a uno con la realidad y sugieren un tipo distinto de relación con el personaje. No es tanto que haya un acontecimiento donde se trasgredan las leyes naturales tal y como las conocemos, sino que un evento cualquiera nos plantee la pregunta sobre las posibilidades de la realidad.

III.

Obsesiones. Todos las tienen. En los representantes del género que plantea eventos sobrenaturales, simbólicos o maravillosos, esto se traduce a elementos recurrentes que son el reflejo en imagen de aquello que los empuja a direcciones específicas: el fetiche. Así como Kaufmann tiene un fetiche con la vista distorsionada (los espejos, los lentes), que no nos permiten ver la realidad tal como es; así como para Maupassant está lo indeterminado, aquello que no podemos apreciar ni aprehender con nuestros sentidos y nuestra ciencia; También está Kobo Abe, el mejor escritor de ficción científica que conozco, quien se apabulla ante seres de pasiones y arrebatos que viven en un mundo regulado al extremo, una normatividad que raya en el absurdo; y por supuesto Poe, que en la vista encuentra un modo particular de ver el mundo. Yo encontré un uso reiterado de la puerta como símbolo de la fragilidad de la psiquis humana y el encierro, físico o mental, que recorren toda la obra.

Considero que la puerta es la posibilidad de confrontación que tiene el ser humano. Cuando pienso en una barrera tan delicada y superflua, considero que es así como enfrentamos nuestros propios deseos, fantasmas y obsesiones. Tanto como es posible que sepamos qué hay al otro lado, inquieto y afanado por salir, puede que nos encontremos con que no sabemos, ni queremos saber, lo que nos espera. La puerta se puede abrir, o no, y aun así sabremos que existe un lado opuesto y que en cualquier momento puede irrumpir en nuestras vidas.

El encierro, por su parte, es la línea común de los cuentos. La imposibilidad de actuar o movilizarse libremente está presente en todos los relatos por impedimentos físicos o mentales. Este tipo de exclusión, de ausencia con respecto al resto del mundo, es el verdadero protagonista de esta colección.

Todo lo anterior no es más que un resumen de todas las influencias que me han facilitado la búsqueda en este proyecto en particular. Por lo mismo debo señalar que no lo considero una exploración culminada. Su mención responde a lo cómodo que me siento cuando trabajo con estos autores, cuando les planteo preguntas a sus textos, cuando acudo a sus estilos por respuestas. Como conclusión considero que más que orgulloso por el trabajo realizado, lo más valioso de esta experiencia es las ansias que me despierta el continuar con el trabajo desconcertante y fascinante que implica escribir.

DE LA PRESENCIA DEL PADRE

Por supuesto, ya voy tarde. Entro al baño y me ducho a las carreras. Unto la crema dental en el cepillo mientras me pregunto si se tomarán la molestia de esperar. Me inclino para escupir y, cuando me enderezo de nuevo, veo el agujero en la pared por el reflejo del espejo.

Grito y me cubro la cara con las manos. Apareció al fin y solo pienso en cómo papá tuvo razón. Él me contaba del monstruo que se llevaba a los niños desobedientes. Me decía que el monstruo se abría paso por las paredes, el techo y el suelo. Comía tierra y masticaba con un ruido igual al roer de las ratas. Cuando seleccionaba sus víctimas se escondía hasta que encontraba el momento oportuno, abría un agujero y, con unos largos brazos, los agarraba por los pies. Los arrastraba hasta el campanario de la iglesia, allá en la colina, donde vivía, y nunca volvía a saberse de ellos. Por eso, decía papá, que cuando se pasaba por allí en las mañanas se veían pequeños agujeros en la tierra húmeda. Ahí se agarraban para que no se los llevara.

Me tiemblan las piernas y caigo. Siento el frío de las baldosas. Papá decía que el monstruo tenía dos caras en su cabeza, una al reverso de la otra, pero solo podía ver por la

que tuviera al frente. Así que para cambiar de cara debía agarrarse la cabeza y torcerla hasta que la otra quedara acomodada. Por una cara come tierra y por la otra carne, decía, y si no te portas bien esta noche vendrá por ti.

Cuando alguien desaparecía, papá me decía que se los había llevado el monstruo. Que se lo tenían merecido por sus terribles crímenes, por sus injurias a Dios, a sus mayores. Él me contaba todo esto por mi bien, ya que siempre quiso lo mejor para mí. Yo no le decía cuando hacía alguna cosa mala, pero el más ínfimo acto de desobediencia o malicia eran suficientes para que yo no durmiera por días enteros. Una mentira, una acusación, robar dinero, pelear con algún niño o desearle mal a alguien, ofender a papá... Yo sabía que en algún momento, en la oscuridad, el monstruo saldría para raptarme. Me estremecía por la culpa, por el miedo. Nunca me atreví a pasar cerca de la colina, daba rodeos extensos para ni siquiera verla y que de allí no pudieran verme a mí.

La toalla está tirada a un lado. Se me soltó pero no me muevo a recogerla, no puedo hacerlo. Desde el suelo me giro y la veo: una caverna oscura que se extiende más allá de mi mirada. Parece no terminar. Está entre la regadera y el sanitario, es tan grande como para entrar en ella a rastras. Es un desagüe, al menos huele como uno, y se escuchan goteos y ecos indefinibles. Después de tanto tiempo, tan lejos de allí, y aun así el monstruo me encontró.

No puedo dejar de ver el agujero. Me arden los ojos por no pestañear. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Podrían ser horas. Sin embargo no me atrevo a decir o hacer nada que lo provoque. Apostaría a que escucho su respiración en el eco. Unos jadeos agitados que demuestran sus ansias. Me ve, seguro que sí. Debe de estar disfrutando el espectáculo que le presento. No soy más que un bulto de carne a su disposición. Quiero pedir ayuda pero se me ahoga la voz. Si tan solo pudiera alcanzar la puerta para huir de nuevo. Soy cobarde, lo sé... No todos pueden ser valientes.

Si al menos papá estuviera aquí... Él era grande y fuerte. Me daba miedo verlo. Imponía su voluntad y yo debía hacer lo que me ordenara. Me tomaba por los hombros, me repetía que debía obedecerlo. Puedes engañarme a mí, decía, pero el monstruo sabrá y te llevará. Yo lloraba y le rogaba que no me dejara llevar. Él me abrazaba y me aseguraba que en tanto hiciera lo que debía, me protegería. Me besaba en la frente, las mejillas y el cuello, mientras me lo prometía una y otra vez.

Pero papá se fue. La noche en que pasó comenzó con una pesadilla. Soñé que estaba en un cuarto pequeño, donde solo había un televisor, cuando la puerta se cerró de un violento golpe. Intenté salir a la fuerza, empujándola, y entonces el televisor se encendió a todo volumen. La estática que captaba era tan ruidosa que me obligó a taparme los oídos.

De pronto, en el sueño, cientos de agujeros empezaron a formarse en las paredes y el techo. En algunos salían unos brazos blancos, larguísimos, que se estiraban como tratando

de agarrar algo que buscaban a tientas; en otros, unos ojos miraban dentro del cuarto en todas direcciones. Desde una esquina yo gritaba, llamando a papá con todas mis fuerzas, pero no podía oír mi propia voz por el ruido del televisor.

Desperté. Vi a varias personas a mí alrededor. Formaban un círculo alrededor de la cama. Debí gritar muy fuerte, pues todos estaban agitados y hablaban entre ellos con mal semblante. Uno de ellos me tomó el pulso y me palpó la temperatura. No se veía contento. Cuando acabó fue a hablar con unos policías que lo esperaban aparte.

Al rato una señora, que hizo mala cara todo el tiempo, me sacó de la casa sin decirme nada. Ya afuera, vi que a papá lo escoltaban a una patrulla. Él se oponía. Gritaba que no había hecho nada y que no tenían por qué apresarlo. En cuanto me vio intentó abalanzarse sobre mí. Lo habría logrado de no ser por dos patrulleros que lo taclearon antes de que me alcanzara. Me gritó desde el suelo que todo era mi culpa y que ya pagaría por ello. Ya vencido se puso a llorar y, mientras lo arrastraban, lo oí murmurar que en qué se había equivocado. Nunca lo volví a ver.

Nadie mencionaba a papá en mi presencia. Para no contrariarlos yo tampoco lo nombraba e incluso, al no hacerlo, parecían bastante complacidos. Pero yo no tenía nada en contra de él. Sus conversaciones eran muy raras. Los escuchaba decir que él me había..., hecho cosas. Que por eso se lo habían llevado. También decían que esa noche, la noche de

la pesadilla, yo entré en estado de shock y que me encontraron en la cama gritándole a papá. Pero todo eso era mentira. Ellos no sabían lo que de verdad había pasado.

Él era el único que me protegía del monstruo. En cambio, fue mi culpa lo que le pasó. Yo pude salvarlo, pude decirles que no había hecho nada. En lugar de eso me quedé ahí viendo cómo lo montaban en la patrulla. Por eso él estaba tan enojado. Porque sabía que el monstruo me llevaría en castigo.

Nunca dije nada, igual nadie preguntó. Tiempo después, mientras ayudaba a los más pequeños a ponerse sus pijamas, llegó la encargada con una carta en la que se comunicaba la muerte de papá e informaba que se le enterraría en el cementerio que ladeaba la colina. Al escuchar esto me puse a temblar. Ella me vio así y me dijo que no me preocupara, que ahora estaba a salvo. Se fue a su despacho. No volvió a mencionarme el asunto, pero para mí la idea de que estuviera enterrado allá agravaba mi crimen. No solo se lo llevaron por mi culpa, sino que además ahora estaba a merced del monstruo.

¿Qué podía hacer? Lloré mucho y a nadie pareció molestarle. Por el contrario me daban ánimos. Se preocupaban en consolarme. Decían que yo era la víctima, que no debía pensar en el asunto. Casi no tuve deberes en ese entonces. Todo con tal de que fuera feliz. Claro, ellos no sabían. De lo contrario no habrían sido tan amables conmigo. Me remordía la conciencia, pero decidí que era mejor no decir nada. Se darían cuenta de lo despreciable

del error que cometí. ¿Me habrían perdonado? Seguro que no. Porque hay injusticias que no se reparan al pedir disculpas. Y mi delito fue matar a papá.

Un día dibujaba mientras pensaba en todo lo sucedido, entre todos los arrumes de papel con rayones y colores chillones, descubrí uno en el que había garabateado al monstruo. No sé por qué lo hice, pero al ver sus brazos largos y sus repugnantes caras ya no le tuve tanto miedo. Era horrible, muy horrible, en serio, pero verlo me tranquilizaba. Sentía que sus manos con garras estaban encerradas en esos trazos, que sus dientes puntiagudos no podían atravesar ese papel. No tenía ningún sentido, ya entonces lo sabía, y aun así me sentí mejor al verlo allí. Lo guardé para verlo de vez en cuando.

Incluso hice más. Cada vez que pensaba en papá o escuchaba ruidos en las paredes me dedicaba a dibujar. Trazaba el mismo monstruo una y otra vez para cerciorarme de que seguía ahí, corría a dibujarlo para asegurarme de que no se había movido o incluso cambiado. Pero nunca lo hizo. Todos los dibujos mostraban el mismo horripilante ser de dos caras. Era una tontería, pero sirvió. En algún momento alguien me felicitó por los diseños. No recuerdo quién era. Aunque sí recuerdo que dijo que era lo mejor. Que de ese modo todo saldría de mi organismo. Que así superaría lo que había pasado.

¿A eso se reducía todo? ¿A superarlo? Lo ignoré porque yo no lo vi así. Por el contrario mi objetivo era recordar. Grabarme la imagen del monstruo en la cabeza. Cerciorarme de que era real y de que tenía cómo demostrarlo. Solo en los dibujos, claro,

pero era lo que pensaba. Si alguien preguntaba quién me perseguía podía mostrarle los dibujos para enseñárselo. Señalar esas protuberancias inhumanas, esas caras que no se parecían a nada, a nada, que yo hubiera visto antes. Probar la inocencia de papá.

Al final no fue necesario. Sin darme cuenta dejé de llorar. Poco a poco la historia del monstruo fue desapareciendo de mi mente. El día a día y las ocupaciones borraron el recuerdo de papá. Dejé de dibujar. En cuanto tuve edad suficiente me fui. No me llevé los papeles conmigo.

Debí imaginarlo. Nunca escapé del monstruo. Siempre estuvo ahí, esperando el momento indicado para llevarme. Imagino que por años se retorció en la tierra, abriéndose camino para llegar hasta mí. Seguro que nunca me perdió de vista. Ni cuando hice los dibujos. Solo un chiste para él. Una forma efectiva de acechar a su presa. Cuando me alcanzó solo esperó, porque eso es lo que hace. Se oculta para atacar cuando menos te lo esperas. Cuando crees estar a salvo.

Necesito salir de aquí. Alcanzar la puerta es mi única opción. Empiezo a arrastrarme muy despacio de espaldas y entonces desde el agujero se escucha una voz, vagamente familiar, que empieza a enumerar mis crímenes.

JANO

Fue entonces cuando sonaron las sirenas.

Despierto. Sus penetrantes ojos azules me observan. Está al otro lado de los barrotes que atraviesan la habitación, dividiéndola en dos. Estamos separados. Miro con atención. No hay puertas ni ventanas. La habitación está completamente cerrada. Es un cubo hermético que no tiene fisuras lo suficientemente grandes como para que entre aire.

Del lado de ella hay una pequeña cama, del mío una mesita de noche con un cuchillo encima. Los dos estamos sentados en unas sillas atornilladas al suelo, uno frente al otro.

— ¿Dónde estoy?

—Hola —dice— parece que estamos condenados a encontrarnos en situaciones difíciles, ¿eh?

Empieza a reírse. Yo no entiendo el chiste.

—No me recuerdas, ¿cierto? —dice.

—Pues... yo...

— ¿Y si te doy mi nombre, recordarías? Aunque, pensándolo bien, que deba hacerlo me parece grosero de tu parte.

No logro relacionarla con nada. Es preciosa. No puedo dejar de notarlo. Sobre todo por la forma como cruza las piernas con esa pequeña falda. Ella es consciente de cómo la miro, lo sé. Le divierte. Ladea la cabeza mientras habla. Me sonrío. Viste un buzo sencillo y ceñido. Tiene una figura delgada y escultural.

— ¿De dónde nos conocemos?

—Yo no te conozco —dice— ese es el punto. Pero siempre estás aquí cuando aparezco en este lugar. ¿No es curioso? Puede ser un sueño. Puedes estar soñándome, o yo a ti. Incluso, podemos ser parte del sueño de alguien más. Imagínate que estamos aquí esperando a que llegue el soñador, el verdadero, y que se ponga a darnos órdenes. ¿No te gustaría?

No deja de mirarme. Tiene esa expresión que me confunde. ¿Qué quiere decir? Nada tiene sentido para mí. Como la habitación. Es decir, ¿cómo entramos aquí? Pienso en las sirenas. Sonaban con un aullido lastimero una y otra vez. Ella solo sonrío. Parece no importarle, pero no entiendo por qué. ¿Acaso no ve lo que yo veo? ¿No se da cuenta de que estamos atrapados, que tal vez nos asfixiemos aquí?

— ¿Cómo te llamas?

— ¿Cómo quieres que me llame? — me responde.

¿Eso fue real? Cuando hablé, vi, por un segundo, algo en sus ojos. El azul del iris era el mismo, pero diferente. Había ira en ellos. Había un deseo asesino en su rostro, dirigido a mí. Solo a mí. Estaba detrás de esa sonrisa encantadora, se traslucía en su piel de porcelana. Por un instante, ella no era ella. Se transformó en otra cosa.

Y en un parpadeo, desapareció. Ella sigue ahí, sentada, esperando mi respuesta. Vuelve a su estado original. Sigue seduciéndome con la delicadeza de su cuerpo. Sus movimientos son una perfecta sincronía de erotismo. Practicados una y otra vez, pulidos con uno y otro hombre. No hay nada improvisado en ella, todo lo que hace está a disposición de un objetivo.

— Cariño, ¿estás bien? — dice de pronto— ¿no me reconoces? ¿Acaso olvidaste la vez que fuimos a aquel hotel? Tal vez, si estuvieras de este lado, podría recordártelo. ¿Por qué no vienes? No puedo hacer nada a través de los barrotes.

¿Quiero hacerlo? Si dejo de lado lo obvio, el hecho de que es imposible que atraviese los barrotes, ¿deseo estar al otro lado? No sé si de verdad me estoy planteando buscar la manera de hacerlo.

Escucho un reloj. Unas campanadas. Me entra la urgencia de irme. Debería estar en otro lugar, con otra persona. No recuerdo con quién ni dónde, pero estoy seguro de que es lo que originalmente buscaba.

—Las sirenas. Fue por eso que terminé aquí. Debo salir y volver. Me esperaban y yo caminaba, corría, volaba por llegar allá.

Ella se ríe. ¿Acaso escuchó lo que dije? Me levanto y empiezo a recorrer la pequeña habitación buscando un lugar por donde salir. Me siento asfixiado. El aire se está cargando y me nubla la vista. Pateo y golpeo las paredes pero son tan gruesas que ni siquiera producen ruido.

Ella ríe más fuerte. Se regodea viéndome como a un animal encerrado y ni siquiera se inmuta cuando agarro el cuchillo y la amenazo con él.

— ¿Qué vas a hacer, cariño? —dice—. No tienes las agallas para hacerme nada. Créeme, lo sé.

—Lo único que quiero son respuestas. ¿Cómo salgo de aquí? ¿Por qué es tan divertido que yo me quiera ir?

Allí, de pie, la veo sentada frente a mí. Me mira con esos fieros ojos azules y siento miedo solo de verla. Creo que si pudiera saltaría sobre mí, tanto para arrancarme la cara a mordiscos o para hacerme el amor. Se levanta y presiona su cuerpo contra los barrotes. Me hace gestos para que me acerque. Lo hago. Saca la mano y me acaricia la cara.

—Porque es aquí a donde querías llegar, cariño. Ya lo olvidaste, por supuesto. Siempre has sido tan olvidadizo. Das vueltas y vueltas para encontrarme y luego, cuando

me vez, te niegas a creer que soy lo que buscas. Mira detrás de ti. Allí hay una puerta. ¿Por qué no te das otra vuelta, ratoncito? Seguiremos hablando cuando vuelvas.

Mentirosa. Eso es lo que es. La tengo tan cerca que puedo enterrarle el cuchillo donde quiera. No dejo de mirarla. No voy a girarme a ver, porque sé que no hay ninguna puerta. Es solo un engaño. Tanto como lo es el ruido de bisagras que escucho y las pisadas detrás de mí.

No hay puerta detrás de mí, me digo a mí mismo. Solo ella con su mano sobre mi rostro y yo con el cuchillo en la mano, pensando dónde se lo puedo enterrar.

FUERZA DE VOLUNTAD

—En resumen, hicimos todo lo que pudimos. El derrame fue fulminante. De haber comenzado el procedimiento antes..., tal vez... Lo siento mucho.

¿Qué es lo que dice? Le pongo el dinero en frente pero me mira raro. No entiendo. Él dijo que en cuanto lo trajera todo se solucionaría. Pues ahí lo tiene, ¿por qué no hace nada? ¿Por qué no lo toma? Quiero verla, pero él solo está ahí sentado. Lo saqué todo, hasta el último peso. Este dinero son los ahorros de toda la vida. Lo guardábamos para volver al pueblo donde pasamos nuestra luna de miel. Al menos ella quería volver. Yo odié ese lugar.

—Doctor, ¿está despierta?

Todo lo que hice y solo me pone unos papeles delante. ¿De qué me sirve esto? Yo no quiero eso, la quiero a ella. ¿Por qué no hace nada? Tal cantidad de dinero debe ser capaz de solucionar todo. Lo sé, él me lo aseguró.

— ¿Entendió lo que le dije? —pregunta.

—Sí, lo traje todo, sí.

—Llene estos formularios y pague el recibo en caja para que pueda reclamar el cuerpo —dice.

—Lo importante es que ella esté bien —No dice nada o, si lo hace, no le presto atención.

Guardo el dinero y salgo de su oficina. Hago lo que me pide y, cuando me pasan el recibo, me doy cuenta de que aún puedo comprarle algo bonito. Si de todas maneras el dinero ya está incompleto, más vale hacer las cosas bien. En la tienda de regalos veo un conejo de peluche rosado. Le va a gustar. Es idéntico al que le regalé cuando nos conocimos. Lo gané para ella en un parque de diversiones, excepto que ese era azul.

De verdad espero que entienda por qué retiré el dinero sin su permiso. Igual tendrá que aceptarlo como sea. Bajo hasta el sótano y me llevan a donde está. Dejo el peluche a su lado y salgo sin hacer ruido.

Si soy sincero, y de verdad quiero serlo, me alegra haber gastado el dinero en esto. Ese pueblucho... Solo piensa en volver. ¿Por qué la insistencia? Los únicos atractivos turísticos son la niebla que produce la laguna y una colina con una iglesia vieja en la cima. Se lo pregunté un día. Que por qué quería volver. Prométeme que me llevarás, me contestó. Y lo hice, le prometí que volveríamos porque creí que era un capricho pasajero.

Desde entonces guardó todo el dinero que ganábamos. Nunca me permitió gastar un peso de más. Me molestaba. Quise usar el dinero en otras cosas. En cierta ocasión vi un

lindo televisor y me propuse convencerla de comprarlo. Pero fue inútil. Ella me reprochó. Insinuó que no quería cumplir mi promesa y se puso a llorar. Es como una niña pequeña. Ahora que lo pienso, se molestará cuando le cuente que tuve que utilizar los ahorros. Pero ya está hecho.

Luego vinieron los dolores de cabeza. Siempre fue frágil y enfermiza, así que supuse que no debía ser más que una migraña. Ella insistió en no gastar en nada que no fuera absolutamente necesario y eso también incluía sus extraños episodios. La encontraba hablando sola, su humor se hizo cada vez peor. No lo admitía, pero estoy seguro de que ya no dormía. Cuando se desmayó, la obligué a venir al hospital. Ella solo me miró, sin decir nada. El doctor nos dijo lo que había que hacer. Pero era costoso. Traigo el dinero inmediatamente, dije. Ahí fue cuando ella comenzó a gritar. Me acusó de ser la causa de su enfermedad. Insultó a los médicos por su incompetencia y a las enfermeras por sus maltratos.

Después lloró. Me llamó a su lado y me pidió que cuidara a Laura. No tengo idea de qué hablaba. No conocemos a ninguna Laura. Le imploré al médico que no la dejara morir. A pesar de todo, de las arrugas prematuras en su rostro y esa extraña mirada, sigo queriéndola como al principio. Debía tomar una decisión y lo hice. Hablé con el doctor en privado y le pedí detalles.

Entré a despedirme. Quise darle un beso pero ella me puso la mejilla. No le dije lo que iba a hacer. Se alteraría de nuevo y ya estaba harto de eso. Salí a traer el dinero. Se quedó sentada en la cama, mirando la ventana. En el umbral de la puerta la escuché susurrar. Me volteé a mirarla. Le pregunté si necesitaba algo. Prométeme que me llevaras, me contestó.

— ¿Está usted bien? —dice la empleada. Me mira de arriba abajo.

—Sí, estoy bien.

Empaca todo y me pasa el recibo con desconfianza. Le paso los billetes y cojo todo lo que compré para darle la bienvenida: vino, queso, pan. Los precios de esta tienda siempre está fuera de nuestro alcance, así que estará más que complacida cuando llegue a casa.

Además, compré el televisor. Calculé cuánto dinero quedaba y pensé que no podría reprocharme tanto cuando esté en la sala, clavado en la pared y con sus parlantes colgados en las cuatro esquinas. Al fin y al cabo siempre se puede empezar a ahorrar de nuevo. Me molesta lo mucho que trabajo para no darme los gustos que quiero. ¿Pero quién se cree? Después de todo, es mi plata también. Pagué el aparato y di la dirección para que hicieran la entrega.

Llego a casa y acomodo todo. La comida y unas velas que compré. Arreglo un camino de pétalos de rosas. ¿Por qué no hacemos esto más a menudo? Lo único que falta es el televisor. Cuando ella llegue lo verá todo listo. Es un buen plan.

Creo que me engaño pensando que va a estar contenta con lo que hice. Ya me imagino el berrinche que va a hacer. Me molesta tanto que lo haga. Pero yo también puedo hacer otro tanto. Es mi plata, es mi casa, es mi esposa. Hay prioridades, jerarquías. Hago ya suficiente por sus caprichos y yo tengo los míos también. ¿Por qué no respeta eso? Ya me ocuparé de ella. Ahora lo importante es que llegue. Sentado a la mesa, intento recordar la expresión que tenía cuando la vi dormida en el hospital.

Oigo un ruido. Juraría haber escuchado... pero es solo mi imaginación. No sé qué sería de mí sin ella. No sé cómo podría existir el universo entero sin ella. Su aroma, su sonrisa, su compañía. Ella me pertenece tanto como yo a ella y por eso no importa el dinero gastado en el hospital. Cuando llegue, que será pronto, debo recordarle lo mucho que la amo, que es mi prioridad. ¿Qué es lo que suena? De nuevo oigo ruidos y entonces me doy cuenta de que están tocando a la puerta.

NIÑERÍAS

Estoy en mi cama, sin poder dormir, cuando una niña abre la puerta. No la conozco. Nunca antes la he visto. Lleva puesta una jardinera y carga un oso de peluche. Tiene el cabello rubio y liso, las mejillas encendidas. No me mira siquiera. Observa con atención, en busca de algo. Entra como Pedro por su casa, camina hasta el armario, lo abre y se mete dentro.

No logro convencerla de que salga.

Asumo que en algún momento, cuando le dé hambre, saldrá y así me las ingeniaré para librarme de ella. Pero es astuta. Le pregunto si ya ha comido algo y me responde que acaba de hacerlo. Supongo que trajo dulces y refrigerios para no tener que salir. ¿Cómo no lo pensé antes? Se me ocurre, entonces, que tendrá que cansarse en algún momento, así que espero a que dé muestras de agotamiento. Pero pasan las horas y ella sigue allí, tan despierta como siempre, haciendo ruidos de juego o vocecitas para su oso, que se llamaba Momo, por cierto, y por estar atento a esos murmullos no me permito dormir tampoco.

Quiero seguir en mis cosas, seguro de que saldrá cuando se aburra, pero temo que en eso también estoy equivocado. Le agrada interrumpirme y siempre encuentra la forma

de que le preste atención. A veces se ríe, a veces me habla bobadas. Le pregunto si juega a las escondidas o si ha tenido algún problema con sus padres. Algo que explique por qué se encerró en mi armario, pero evade el tema con incoherencias. Me pregunta por qué voy disfrazado y nunca me quito la máscara. Es raro, no me gustan sus preguntas.

Le gusta la música. Me cuenta que toca el piano. Dice que en su casa todos tocan algún instrumento. Asegura que dentro del armario se alcanza a escuchar cómo tocan, que suenan los mismos acordes repetidamente. Pregunto si me gusta, porque a Momo le encanta. Es otra de sus bromas, yo no escucho nada.

Veo por la ventana y la niebla no es tan densa. Se me ocurre salir de mi pieza y ella arma un alboroto. Le pregunto qué sucede y me dice que no quiere que la deje sola. Le propongo que venga conmigo, con la esperanza de que se vaya de una vez, pero me contesta que es más cómodo ahí dentro. Como no cede, me siento de nuevo. Empieza a reírse y yo pregunto qué es tan gracioso. Dice que es divertido espiar desde el armario a todas las personas que entran y salen del cuarto, cargando vendas y sueros. Eso tampoco tiene sentido. Sus juegos no son graciosos.

Ahora llora. La escucho. Me acerco y sugiero que me cuente lo que le pasa. Comienza a gritar. Niega rotundamente estar llorando y en cambio me acusa a mí de hacerlo. No sé por qué hace eso. Empieza a patear la puerta del armario, me exige a gritos que me detenga.

Me acurruco en la esquina más alejada del cuarto para no irritarla más. Me quedo no sé cuánto tiempo así, mirando el mueble, mientras ella sigue con los sollozos y los golpes.

Quisiera estar afuera, pero ella no quiere que me vaya. No entiendo qué hay de espectacular en salir, dice. Menciono las cosas que me gustan: los parques, las películas en el cine, mis amigos. Ella se limita a hacer su vocecita chillona, la que dice es la voz de Momo, y afirma que no es cierto que me gusten los parques. Luego ríe con su propia voz y murmura que tampoco tengo amigos. Voy a responderle y me ignora. Sigue hablando. Dice que podríamos hacer las películas que quisiéramos y que ella es mi amiga, mi única amiga, así que abandonarla sería cruel de mi parte. Lo pienso un rato. Le digo que quiero hacer una película de vaqueros. Ella no contesta. Espero en silencio y, como no habla, le pregunto a Momo por qué dice que no me gustan los parques. Él tampoco contesta.

Duermo un poco. Eso creo. No ha vuelto a hablarme. La escucho cuando hace ruidos y también la vocecita de Momo. Me acerco al armario, la llamo, toco a la puerta y me ignora. Espero a que se le pase la rabia conmigo. ¿Qué puedo hacer? No quería enfadarla tanto. Parece que se la pasa bien allá adentro. Suena muy divertido. Imagino los gestos que hace y los juegos que se debe inventar. Quisiera estar allá adentro también. Jugar con ella y con Momo. Me siento ante la ventana a ver la niebla.

La niña hace ruidos. La escucho rezar. Cuando me acerco al armario ella se calla. Le hablo pero no me responde. Escucho la vocecita de Momo. Me pregunta que si creo en el destino. No creo. ¿Qué sería diferente si creyera? Me dice que es mal asunto y entonces ella habla. Pero es distinta. Habla con otra voz. Suena igual que... Me recuerda algo que me dijo, hace mucho tiempo, sobre nosotros. Me acusa de haber corrido. De no encararla. ¿Qué si me parece inalcanzable? Pues es lo que merezco. Es tarde, dice. Ahora ella está en otro sitio, muy lejano, y yo debo quedarme ahí porque es lo justo.

Le pregunto quién es. Ella sigue hablando. Menciona que en su momento pude hablar, pero ahora no tengo ese derecho. Que terminé aquí por mi propia voluntad. Hay pocas personas a quien puedas acusar, dice. Muy, muy pocas. Soy quien quieras que sea, pero eso realmente no importa. Porque me perdiste y me perderás una y otra vez. Sin importar el rostro que lleve, sin importar el nombre que tenga, tú siempre vas a buscar la manera de perderme, dice.

Esas palabras me impactan. No es posible que esta niña pueda decir esas cosas. No tiene sentido. Ella no puede saber eso. ¿Quién me habla? ¿Quién está allí dentro? Me lanzo al armario y empiezo a golpear la puerta. Le exijo que me abra. Ella ríe bastante fuerte. Habla por encima del ruido. Silencio, silencio, dice divertida por mi pataleta. Todo es correcto. Detente un momento y compórtate como un hombre, dice.

Le hago caso. Espero a que diga algo más. La escucho de nuevo a ella, a la niña, con su propia voz, decir que ya no tiene nada que hacer aquí y todo queda en silencio. Estoy frente al armario y no puedo creer que se haya ido. Más bien, me corrijo, no quiero creer que se haya ido. Puedo abrir la puerta y comprobarlo. Solo necesito la determinación y la valentía de hacerlo. ¿Y entonces? ¿Tendré que rendirme a la evidencia? Abrir la puerta es la forma como la posibilidad se vuelve certeza y no soporto esa idea.

Aunque, con todo, ella no dijo que se iba para siempre. Entonces se me ocurre que puede volver. Me alegro ante esta esperanza y pienso con atención qué podría atraerla de nuevo. Con su carácter es probable que quiera encontrar todo como lo dejó. Ella no querría que tocara sus cosas o que invadiera su espacio, que es todo aquello que está dentro del armario. Si abro la puerta, pienso, destruyo la última esperanza que tengo de que vuelva.

Si es así, lo cual es muy probable, es mejor dejar las cosas como están. Me acuesto en la cama. Desde aquí estoy atento a cualquier sonido que venga del armario, mientras preparo la disculpa que le daré a ella.

APEIROFOBIA

Un hombre se preparaba como un condenado a muerte, tembloroso, aterrorizado, y se metía en la cama. Se encogía en un ovillo y no dormía en toda la noche. Jadeaba y gemía sin atreverse a ver el reloj pero en cambio sí escuchaba su tic-tac inclemente. Se mordía los labios hasta sacarse sangre cuando escuchaba los gallos cantar, prueba inequívoca de la mañana, y entonces comenzaba su agonía. Porque este hombre temía que al bajar los pies de la cama ya no existiera un mundo que lo sostuviese.

AL FINAL VA A QUEDARSE

La iglesia está llena y nosotras bastante lejos, así que no alcanzo a ver el altar. Todos gritan y felicitan, incluida mamá. Ella es la que más aplaude a papá y a su novia. Dice que debe verse contenta, que debe demostrarle a papá que ya no le importa que la haya dejado. Pero también me arrincona y me regaña por no hablar con él. ¿Por qué no le pide a su papá que vuelva conmigo? Usted más que nadie debería recordarle que somos una familia, dice.

Yo no sé qué pensar. Cuando papá se fue yo era muy pequeña. Pedí irme con él, pero me lo impidieron. Papá dijo que no era conveniente que me fuera lejos de la casa y mamá me gritaba por siquiera pensarlo.

Yo nunca me interesé por sus problemas, aunque mamá me miraba de reojo cada vez que hablaba con papá. Como si esperara que le dijera algo. Que le recriminara que se hubiera ido, que le implorara que volviera. Pero yo nunca tuve intenciones de decirle eso. Me parecía que papá sabía lo que hacía y lo quería más por eso.

Como yo no le decía nada, mamá seguía regañándome. Siempre era lo mismo. Lo llamaba todo el tiempo para que me viera. Y antes de que él me recogiera me repetía que debía convencer a papá de que volviera. Decía que era cobarde. Que todo se arreglaría si yo

lo enfrentara. Cuando se cansó de esperar a que yo hiciera algo, empezó a decir las cosas en mi nombre.

Al principio no entendí qué se proponía. Una vez, en el parque de diversiones del lago, ella fue con nosotros. Cuando volví del carrusel vi que mamá le hablaba a papá. Le decía que yo estaba muy mal por todo lo que estaba pasando. Que lloraba por las noches y quería tenerlo de vuelta en la casa. Pero eso no era verdad. Papá me vio llegar y me vio raro. Él creía que yo entendía el por qué se había ido y esas palabras lo afectaron demasiado.

Nunca volvió a verme igual. Llamaba cada vez menos, se volvió frío y distante. Las pocas veces que venía a casa, mamá lo recibía con el mismo discurso. Nunca fallaba. Que yo dije esto, que yo hice aquello.

—El otro día me dijo que quería que volviera a la casa —le contó mamá—. Así me dijo, me dijo: mamá, ¿mi papá va a volver, cierto?

Yo me alborotaba y decía que no era cierto. Pero no me escuchaban, ni mamá ni papá. Eso terminó destruyendo mi relación con él. Salíamos porque se sentía obligado a ello, para no meterse en problemas. Casi se veía en su forma de tratarme que esperaba a que en cualquier momento le soltara una sarta de reproches. Estaba siempre prevenido. Yo nunca le dije nada, aunque sí le pedí que me dejara irme a vivir con él un par de veces, pero nunca accedió.

Después, conoció a Claudia. Es una mujer hermosa. Curioso cómo la conocí.

Comencé a faltar a clases con un grupito en particular. Me daban náuseas cuando fumaba y el guayabo del vino era horrible, pero nunca se los comenté a mis amigos. Por miedo, supongo. Hablábamos de cualquier cosa, con los uniformes aún puestos, y recorríamos los locales del centro comercial sin afán. Sabíamos que nos miraban, pero no nos importaba. No me interesaba tanto lo que pudiera decir mi reporte al final del periodo desde que me habían incluido en sus fugas espectaculares. Era divertido salir, beber y fumar. Era divertido olvidar.

Entonces su risa lo arruinó todo. Papá estaba sentado en uno de los bares y reía haciendo tal ruido que al principio no creí que fuera él. La mujer, la que se llama Claudia, le tomaba la mano y también reía. Su cara era tiesa, como de plástico. No lo digo por envidiosa. Debieron verlo como lo vi yo. Lo miraba con atención, esperando el momento oportuno para reaccionar a lo que hacía. Reía cuando él reía, bebía cuando él bebía. Su intuición era tan precisa y milimétrica que incluso supo cuando papá la iba a besar y cerró los ojos con anticipación. Él no me vio y lo envidié por eso. Por no saber. Era tan poderoso que incluso me arrebató la ignorancia. Me escabullí y no comenté nada mientras pasábamos la tarde en el salón de juegos.

Mamá, de nuevo, hizo uno de sus platos especiales el día que papá fue a visitarnos. Cocinaba muy bien. Ese día hizo pescado, el favorito de papá. Cuando él llegó, era el de siempre. No hablaba, no nos miraba. La versión de papá que nos tocaba era el que estaba siempre amargado y resentido y yo me quería sentir igual: distante e indiferente. Las

reuniones familiares se habían convertido en un patético intento de mamá por sonsacarnos conversación en una mesa donde nadie tenía que ver con ninguno de los demás. Cuando recibió esa llamada mamá y yo lo miramos. Su cara se iluminó como en el bar. Hola, Claudia. ¿Cómo te va?, dijo.

Tal vez ese evento fue el que desencadenó la paranoia de mamá. Comenzó a seguir a papá. Me vigilaba a mí también, convencida de que yo sabía de todo el asunto. Un día llegué a casa y había unas veladoras encendidas. Mamá dijo que había conocido a alguien, nunca supe a quién, que le aseguraba el regreso inminente de papá. Gastaba mucho dinero en rezos y menjurjes, en lecturas de cartas y tabaco, y todo el tiempo predecía que papá iba a volver. De un momento a otro.

Pero eso empeoró las cosas. Yo estaba en el colegio, así que no fui testigo, pero el hecho es que mamá atacó a Claudia en la mitad de la calle. Papá estaba furioso. Nos reunió en presencia de un abogado y después de firmar unos papeles y abrir una cuenta bancaria a nombre de mamá y mía, se fue. Mamá estaba histérica, pero luego de ir a donde le leían las cartas volvió más feliz que nunca. Llevaba un paquetico debajo del brazo y esa noche salió con él. Ya casi va a volver, dijo. Cuando volvió ya no llevaba nada.

La miro. A Claudia, claro. Está más hermosa con su vestido. Fuimos invitadas a la boda por intervención de la familia. Mi abuela llamó a Claudia, que llamó a papá, que llamó a mamá. Aplaudimos y felicitamos a los novios desde la mesa que nos reservaron solo a

nosotras dos y yo no sé si debo sentirme feliz. Intento acercarme a papá para abrazarlo, pero mamá me lo impide. Me agarra del brazo y me mira mal. Me dice que no debería ser tan ingrata. Que mi lugar es a su lado. Mientras veo a papá subirse al carro de los novios, mamá me susurra al oído que toda la plata gastada en la fiesta es un desperdicio. Que finalmente él va a volver con ella, que esa perra al final va a quedarse sola.

POBRE PAJARITO

Aún arrastran el último cuerpo cuando mando traer el siguiente grupo. Calculo y me doy cuenta de que al ritmo que van tardaré dos horas más en cubrir la cuota. Los soldados traen los cuatro que siguen en la fila y los amarran de espalda a los postes. Les quitan las bolsas de la cabeza y el pelotón carga de nuevo los fusiles. Todo está preparado.

Echo un vistazo indiferente hacia los acusados y me percató del más pequeño del grupo. En realidad es solo una niña, de unos doce años, escuálida e insignificante. Viste tal como la capturaron: una blusa demasiado estrecha, una falda vieja y descolorida. Veo sus piernas flacas y chuecas. Aprieta los muslos, como si sostuviera una arveja entre ellos. La pequeña, con los brazos amarrados a su espalda, respira con dificultad. El pecho se le mueve de arriba abajo con fuerza y sus pezones se marcan al frente.

¿Cómo llegó esta criatura aquí? ¿Acaso a nadie se le ocurrió protegerla? Tan pequeña, tan indefensa, tan niña. ¿Piensan acaso que puede ser peligrosa, que puede dañar a alguien? Condenada a muerte y ni siquiera ha conocido hombre. Esta chiquilla va a derrumbar nuestra nación, es lo que dicen ¿A esto llaman amenaza?

El general en jefe y sus ayudantes firman las órdenes con prisa, sin siquiera fijarse en los nombres de las listas. ¿No se dan cuenta? Tal vez no quieren darse cuenta. Es más fácil para ellos permanecer donde están, donde no tienen que saber. Todo está bien menos para aquellos que lo pagan con la vida. Tanto así que yo puedo ordenar que la desaten y poner a alguien en su lugar. El mismo número de cuerpos es el mismo resultado para ellos.

¿Qué me detiene?

Tan pronto tengo este pensamiento recuerdo mi situación. Me doy cuenta de quién soy, de las medallas que cuelgan de mi uniforme y de la categoría que me da tener el mayor rango del cuartel. Me percató de que mi sola voz haría que esta niña fuera a prueba de balas. Bastaría con imponer mi autoridad y con absoluta certeza esta chiquilla nunca volvería a conocer la miseria. Me gustaría ver quién se atreve a impedirme que la haga mía.

Me giro hacia el batallón de fusilamiento y observo a los soldados. Apuntan sus armas con orgullo, seguros del tiro que están a punto de dar. Ninguno de ellos se da cuenta. Tienen la mira en el blanco, así que no les interesa fijarse o saber a quienes van a disparar. Me decido a actuar. Voy a dar la orden y entonces sucede.

La veo de nuevo. Es una raquítica zarrapastrosa y mugrienta, con las piernas chuecas. Suda tanto que se le ve el agua correr por la frente y el cuello, cual cerdo. ¿A dónde fue la frescura de sus mejillas? ¿Qué pasó con sus muslos sedosos? ¿Qué pasó con la chiquilla que me estremecía? No puede ser la misma persona. Me niego a creerlo. Quien

está allí, sea quien sea, no tiembla. Respira lentamente. Sus ojos hinchados están fijos en una golondrina que pasa volando y... sonrío. Se atreve a sonreír.

No lo comprendo. Lo que veo ya no me gusta en absoluto. Me repugna. ¿Acaso lo imaginé todo? Es posible. Quisiera pensar más en el asunto, tal vez verla de cerca. Aún creo que puedo ordenar que la suelten cuando siente que la observo. Me mira fijamente. Tiene un algo innombrable en el rostro, un algo que solo puedo definir como orgullo. Me habla con los ojos. Me dice: mátame, no me importa. Es tan despreciable que me obligo a bajar la cabeza hasta que el mentón toca mi pecho para no verla.

Quiero aniquilarla.

El pensamiento es instantáneo, fulminante. No puedo explicarme por qué tengo ese deseo de humillarla y destruirla, al mismo tiempo que una extraña intuición, una vocecita lejana en mi cabeza, me sugiere que no podré hacerlo. Aquí como estoy, con la cabeza gacha e inmóvil, murmuro con una voz tan baja y queda que apenas yo puedo escucharme:

—Pobre pajarito.

Levanto la cabeza de nuevo y me endezco con orgullo. Me arreglo el kepis y tanteo las medallas. Aún tengo el control absoluto de la situación y lo hago efectivo al dar una sola orden al batallón. Una orden tan firme y dominante que resuena con fuerza en el patio y su eco se percibe hasta muchos años en el pasado y muchos años en el futuro. Suena tan fuerte que en ocasiones los reclutas se despertarán asustados al escucharla de nuevo a medianoche

y que yo mismo siento como una voz que no me pertenece, una voz que transmite un poder que no tengo en este instante y nunca volveré a tener. Alzo el sable de mando y grito:

—Fuego.

LA RATA

— Estás loco —dice.

Cierra la puerta de un golpe. No me gusta lo que ella dice. No estoy loco. Al menos no creo estarlo. Hay una rata en la casa, de eso estoy seguro. La escucho corretear a toda velocidad de un lado a otro. Cuando estoy en una habitación cualquiera, comienza a roer lo que se le atraviesa y no me deja concentrar. En la noche, mientras estoy acostado, pasa por debajo de la cama. Y a veces tiene el descaro de trepar por las cortinas. No la he visto, no. Pero esas cosas se sienten.

Hoy decidí cazarla. Cerré todas las puertas y voy armado con una pala de jardín. El plan es ir por cada una de las habitaciones, buscarla y, de no encontrarla, sellar bien la puerta al salir. Así reduzco los lugares donde se puede esconder. Estoy ya en la pieza pequeña del primer piso, la que queda al fondo, cuando ella golpea.

—Necesito las llaves del baño —dice desde el otro lado.

La escucho allí, esperando a que le responda. Pero no quiero hablar ahora. No con ella de todas formas. Está convencida de que no hay rata y hemos discutido por eso. Le pedí

su ayuda y se burló de mí. Jalo el mueble y reviso detrás de las cortinas. Ella refunfuña. Dice algo más, no oigo qué, y sus pasos se alejan por el pasillo. Quiero restregarle el animal en las narices cuando lo tenga.

Aunque, al menos aquí, no está. Saco un mapa donde dibujé toda la casa y tacho esta habitación con una gran equis. Salgo y cierro la puerta. Tapo las aberturas con periódico y me dirijo a la cocina. Con suerte, habré recorrido todo el primer piso antes del almuerzo.

Hace un rato que oigo fuertes pisadas y sus gritos a través del techo. Vienen del cuarto grande, el nuestro. ¿Quién puede concentrarse así? Necesito prestar atención por si la rata hace algún ruido, mantener el sigilo para sorprender al bicho. Pero ella lo está arruinando todo con sus pataletas. Ojalá se fuera.

Ese día, en el estudio, trabajaba en el computador mientras ella estaba abajo, en la sala. Entonces escuché ese sonido tan característico de unas garras rozar la madera. La rata estaba ahí. Al principio fue gracioso. Por lo general esos animales no suelen hacer ruido cuando sienten humanos cerca. Fui hasta la escalera y la llamé a ella. Subió con el celular en la mano y apenas si escuchó lo que le conté. No hizo nada. Ni siquiera levantó la mirada. Le dije que prestara atención. Se rió.

Comencé a buscar el origen del sonido cuando el animal comenzó a chillar. Era estupendo. ¿Quién podría negar entonces que, en efecto, había una rata? Pues ella siguió en

lo suyo. Me ignoró. La agarré y la llevé a donde estaba para que escuchara, pero empezó a resistirse y a jalar para su lado. Suéltame, dijo. Yo no escucho nada. Imbécil. Y se fue al baño a mirarse las marcas en el brazo.

La tomé algo fuerte, es cierto. Pero es que aparte de tonta, sorda. Quise golpearla ahí mismo. Tuve ese instantáneo deseo de darle una cachetada para que me volviera a decir que no escuchaba nada, si se atrevía. Ese día me contuve. La vi salir de la habitación. Se agarraba el brazo y me daba la espalda, lo que es una suerte. De haber visto sus ojos, seguro me habría ido tras ella. Me quedé ahí, siguiendo sus pasos con la mirada, mientras escuchaba la rata chillar una y otra vez.

Aquello la dispuso contra mí. Se niega a estar conmigo en el mismo cuarto. Me echó del dormitorio y ahora tengo que dormir en el otro, el pequeño. Cuando va por los pasillos, se detiene y pega el oído a las puertas. Si me siente dentro de las habitaciones sigue de largo y no entra. Por el contrario, cuando está en algún cuarto y cree que voy a entrar, pone el seguro antes de que yo pueda coger la manija siquiera.

Pero hoy no. Cogí las llaves y cerré todas las puertas para poder llevar a cabo mi plan. Lo último que necesitaba era que ella me estorbara. Cuando se dio cuenta de lo que hice me armó un alboroto, me gritó en la sala y amenazó con irse si no le abría la habitación principal. ¿Qué se le va a hacer?, dije.

Debió buscar la forma de forzar el seguro de la habitación para entrar. De ahí el ruido y el bullicio. ¿Pero qué es lo que hace? Suena como si moviera cosas de un lado al otro.

Salgo de la cocina y la estoy tachando en el mapa cuando veo la rata. Es grande. Gigantesca. Salta escaleras arriba y me lanzo tras ella. Llego al segundo piso apenas para verla colarse por el borde inferior de una puerta. Corro. Intento abrirla, aunque obviamente está cerrada. Además, por el impulso me estrello y caigo al suelo. Entonces escucho su voz al otro lado.

—No vas a entrar —dice ella—. Déjame en paz.

Metó la llave pero la puerta no se abre. Debió trancarla con algo. Empujo con fuerza y ella empieza a hablar más alto. Dice que me detenga, que va a llamar a la policía. ¿Acaso es bruta? Está encerrada con la rata. La va a morder. Empiezo a lanzarme contra la puerta. Una, dos, tres veces. Ella grita. Me lo temía. Seguro vio al animal y entró en pánico. Si no me doy prisa todo se va a poner peor.

Golpeo la plancha de madera con el borde de la pala. La llamo. Le grito que me abra la puerta. Pero sus alaridos son irracionales. Grita por ayuda. Si me hubiera escuchado desde el principio... Ahora está histérica. Tanto así que dice que soy yo el que la va a atacar. Abro un hueco y quito la silla que bloquea la puerta. Entro, con la pala en alto, y empiezo a buscar la rata por todas partes. Tumbo el armario. Lanzo palazos a cualquier cosa que

parezca moverse. Revuelco las cobijas de la cama y la ropa que está tirada por todas partes. Arrojo al aire una maleta de viaje que no entiendo qué hace aquí.

Me detengo. Respiro con dificultad y el sudor me recorre todo el cuerpo. El lugar es un desastre. Hay vidrios rotos y ropa desgarrada. Presto atención por si escucho al animal, pero no oigo nada. Aquí no está la rata. Debió escabullirse por algún hueco que desconozco. Volteo a mirarla a ella y lo que veo me preocupa. Está en un rincón de la cama, rodeando sus piernas con los brazos. Tiene el celular en la mano. Me mira con esa expresión. Está llorando. Hay alguien en la línea de llamada. Ambos lo escuchamos. Ella se pega el aparato al oído y dice:

— ¿Aló? ¿Policía?

EL GRITO DEL ÁNGEL

Cuando era niño mi padre me llevó al zoológico a presenciar un acontecimiento maravilloso. Entre la muchedumbre que se apeñuscaba alrededor de una gran jaula, me tomó en sus brazos y me señaló, al otro lado de las rejas, una criatura aterradora que gruñía y correteaba por todo el lugar. Emitía un sonido chirriante y molesto. Tenía unas extremidades descomunales y dos gigantescas alas blancas. Intentaba, sin éxito, huir del encierro y las miradas ansiosas de todos los presentes. Eso de ahí es un ángel, me dijo mi padre. Es el último de su especie y ahora mismo agoniza. Recuérdalo bien, porque nunca volverás a ver uno.

BEATRIZ

Me despierta el dolor. Me agarro la cabeza y siento cómo me palpita. Intento hacer memoria pero estoy en blanco. Un agrio sabor ácido me escoce la garganta. No reconozco el lugar donde estoy. Veo un camastro, un retrete maloliente y unos barrotes que me impiden la salida. Hay una bandeja con un pan mohoso que ni siquiera me atrevo a tocar, aunque tengo mucha hambre.

Los barrotes están corroídos por el agua que cae por doquier y forma charcos en el suelo. Me abalanzo contra ellos y grito cuanto puedo. El cabello me cae en la cara. Huele a cigarrillo y a vómito. Mi voz hace eco a lo largo del pasillo y solo escucho los tamborileos de las gotas que caen en diversos lugares. Escucho. No vienen guardias, no escucho más presos. El aire es denso. La penumbra, total. Todo parece indicar que el lugar está abandonado desde hace tiempo. Aunque es algo más. Casi como si estuviera enterrado, muy al fondo, bajo tierra. ¿Dónde estoy? Grito de nuevo pero el desespero me corta el aire, por lo que sale un carraspeo seco.

Tanteo los barrotes, pero están muy bien asegurados. Caigo de rodillas en medio del charco de agua e intento recordar cómo llegué aquí. Pero es peor. Me duele y no recuerdo

quién soy. Aunque tengo chispazos de imágenes, las cosas que veo son incomprensibles. No, eso no es del todo correcto. Recuerdo personas sin rostro. Cuando intento pensar en ellas sus cabezas convulsionan rápidas y frenéticas. Sus caras son un manchón de color carne. Vuelvo al camastro.

Despierto y encuentro un pedazo de carne tiesa en la bandeja. ¿Quién trajo esto? No estaba consciente y ahora no tengo la fuerza para desperdiciar lo que me ofrecen. Se me ocurre que nadie lo trajo, en realidad. Prefiero no pensar en ello. Sigo sin recordar nada.

Pruebo a soltar los barrotes, pero están demasiado fijos al suelo. En el esfuerzo me resbalo y caigo. Me doy en la cabeza con el borde del camastro al caer. Siento con los dedos el chichón que me hice. Golpeo las paredes en busca de un punto más delgado, pero no producen sonido. Deben tener muchos metros de grosor. ¿Eso quiere decir que no hay otras celdas a mí alrededor? Intento sacar la cabeza por entre los barrotes, pero el espacio es demasiado estrecho para mí. No se ve nada de todas formas. ¿Cómo saber nada?

Hace un rato que lo siento. Ese aroma tan característico. No es el mío, tampoco el que emana del horrendo colchón. No me convencí al principio, creí que lo imaginaba, pero no hay duda. Es fresco, vivo, alguien lo produce en cantidades. ¿Se puede creer que la peste

de otro ser humano se añore tanto? Me arrimo a los barrotes y aspiro varias veces para asegurarme. Cierro los ojos para concentrarme más y sí: es real. Hay alguien aquí.

— ¿Hola? — digo.

Qué rara suena mi voz. No había caído en la cuenta, pero es la primera vez que la escucho. Pronuncio palabras al azar, para escucharme decirlas, y no logro acostumbrarme a cómo suenan. Sigo así por un rato hasta que me interrumpe.

—Deja eso, Miguel —me dice.

Me quedo de piedra. Ya no vuelvo a hacer ruido. No muevo un solo músculo. Así se deben sentir las ratas cuando se sienten amenazadas. Se detienen en seco y revientan sus pequeños cerebros planeando la huida. ¿Y yo a dónde puedo huir? Me muevo lentamente hasta acurrucarme encima del camastro. Lo escucho respirar fuertemente. A veces tose. No lo veo. No sé dónde está. Me da miedo hablarle de nuevo.

Ese nombre que dijo, ¿es mi nombre? Miguel. Resuena en mi cabeza de una manera horrible. Tengo un arrebato de odio contra él. ¿Quién se cree? ¿Con qué derecho me juzga?

¿Pero qué es lo que pienso? Solo me pidió que me callara y, por lo que sé, bien podría llamarme como dice. Me aclaro la garganta. Me tiembla la barbilla y tartamudeo un poco al hablar.

— ¿Quién es usted? ¿Dónde estamos?

— ¿Dónde estás tú, Miguel? — Responde.

Algo no está bien. Escucharlo decir ese nombre me pone muy mal. Quiero estrellarlo contra una pared hasta que ya no pueda decir nada más. Pero para ello necesito saber dónde está. Si lo hago hablar podría ubicarlo, tal vez alcanzarlo.

— Estoy en una celda.

— Ahí está. ¿Dónde encuentras celdas? — dice.

— ¿Dónde está usted? No lo veo.

— ¿Ya recordaste a Beatriz? — dice.

Lo siento como una puñalada. Otro nombre que no significa nada pero al que mi cuerpo reacciona por sí solo. Hay algo con ese nombre que debería saber. Cierro los ojos y veo una figura humana, su cabeza se mueve de un lado al otro sin parar. No reconozco nada. ¿Era importante? ¿Debería saberlo? ¿Quiero recordarlo? Vuelvo a acostarme, rogando porque no me vuelva a dirigir la palabra.

Es extraño cómo el nombre ese, Beatriz, me inunda la cabeza. Sin planearlo, poco a poco, le dibujo un aspecto particular. Me imagino sus ojos, sus labios, sus piernas. Creo escenarios donde juntos salimos, paseamos, jugamos, nos acostamos. Pero cuando recobro la noción de la realidad, cuando me doy cuenta del aspecto que de hecho tiene en mi mente esa "Beatriz"... Me asusta pensar que esté perdiendo la cabeza.

Él vuelve a hablar.

—Te voy a contar una historia. En ella hay una avenida y dos vehículos la recorren. Uno va siguiendo al otro, lo espía. ¿Adivinas quienes van dentro de los carros? Entonces, un hotel. El primer auto entra al estacionamiento. El otro se queda afuera, esperando. Y, finalmente, una habitación. La 208, según creo. Hay dos cuerpos entrelazados en la cama. Desnudos y exhaustos. Hay alguien más ahí. Un intruso con una almohada en la mano.

— ¿Quién eres?

—Soy quien despertó y la encontró a mi lado luego de que la asesinaras, Miguel.

—No es cierto. Yo no asesiné a nadie.

—Lo hiciste y me empujaste al suicidio, Miguel. Entre tanto no puedo dejar de preguntarme, ¿por qué? ¿Por qué la asesinaste? ¿La tuviste alguna vez en tus brazos? ¿Sabías lo que era estar con ella? ¿O todo se reducía a esa imaginación tuya?

—Por favor... yo no sé.

—La cuestión es que esto se va a repetir un par de ocasiones más, tú sabes, por toda la eternidad y eso. Piensa en realidad cómo llegaste aquí y en Beatriz. Te darás cuenta de que todo es como debe ser. Nos condenaste el uno al otro, tú y yo. Tú nunca vas a tenerla cerca, y yo nunca voy a tenerla cerca. Así es como funciona esto.

No dice nada más. Grito y amenazo, exigiendo respuestas, pero no lo vuelvo a escuchar. Me siento en el camastro, agarró mi cabeza con las manos y me obligó a decir con voz baja el nombre, Beatriz. ¿Si pienso en el aspecto que le creé algo vendrá?

Por supuesto que sí. Es tal y como él dijo. Recuerdo todo de golpe. La conocí y me enamoré. Ella me rechazó. Podría haber seguido adelante. Conocer a otra mujer, tal vez. Aun así esa sensación de quererla mía se hizo muy fuerte. Comencé a llamarla, a seguirla, a celarla. Era inevitable. Ella estaba equivocada, no yo. Solo tenía que hacerle entender esa simple idea.

No fue así. En cambio me traicionó. Me veo a mí mismo, una noche, siguiendo un auto con dos ocupantes dentro. Luego un número de habitación, efectivamente la 208. Una almohada en la mano y a Beatriz dormida. Sus ojos, sus labios y sus piernas le pertenecen a alguien más. Digo su nombre otra vez y comprendo por qué tenía razones para hacerlo. Esa vida feliz que tanto imaginaba se desvaneció al verla allí acostada.

Ya no importa. Se ha ido. No me muevo cuando escucho unos pasos que salpican en el agua, acercándose. Levanto la mirada cuando oigo las bisagras oxidadas que chirrían. La puerta de la celda se mueve lentamente hacia afuera y se me ocurre que quien fuera que caminara hacía un momento la ha abierto. Sigo su lento desplazamiento con los ojos, bajo la cabeza y vuelvo a pronunciar su nombre, Beatriz.

ACOSTUMBRADA MATANZA

Sé que Vega solo quería ir al cine. Ver una tontería de Hollywood, tal vez. En alguna ocasión mencionó que los montajes cinematográficos le habían demostrado que era posible eludir la realidad. ¿Cómo podría haber sospechado que estaría ahí observando, esperando, acechando? Cuando abrió la puerta se cruzaron las miradas. Faltó poco, pero alcanzó a cerrar de un portazo. Echó llave.

Fue un insensato, aunque no lo supo en ese momento. Evitó que entrara, claro, pero también se quedó encerrado. La adrenalina que le había dado fuerza se había desvanecido. Puedo imaginarlo dándose cuenta de la monstruosa certeza de su situación. No importaba cuántas veces lo pensara: estaba condenado.

Llovía. Cualquiera otro día Vega habría salido por una de las ventanas, caminando sobre la cornisa, hasta llegar a la casa de la vecina, la del 802. Sabía que la mujer trabajaba en un bar, que era famosa por interpretar *Blue Velvet* vestida de seda. De alcanzar su ventana habría pedido ayuda, sin importar lo extraño que pareciera que un hombre golpeará en el vidrio que daba a la calle.

Pero no ese día. Llovía. Demasiado. Un paso en falso y habría caído veinticuatro metros antes de estrellarse contra el suelo. ¿Qué otra opción tenía? Volvió a la puerta y vio por la mirilla, no advirtió nada. Pegó la oreja, no escuchó nada. ¿Se le ocurrió salir y correr con la esperanza de que no estuviera tan cerca como para alcanzarlo, al menos hasta el ascensor? Agarró la perilla un par de veces, pero al final no se atrevió. Seguro pensó que le preparaba una emboscada y no le faltó razón. En ese momento, al otro lado, en efecto, evaluaba la situación. Esperaba, escondido, con la esperanza de que Vega saliera.

En medio de la habitación, sin una vía de escape, agarró el celular. Intentó llamar a alguien. No sé qué lo impulsó a ello, pues no le marcó a la policía. Esto lo supe después. ¿Qué era lo que buscaba? No conocía a nadie, no hablaba con nadie. Iba solo al cine, a los restaurantes, a los bares. Volvía siempre solo al apartamento. Llegó un día con una maleta y un cuadro. En la maleta llevaba un jean, una camisa a cuadros color salmón y unos mocasines. El cuadro representaba un horrible carrusel donde los asientos estaban hechos de caballos embalsamados en posturas alegres, galopando sin moverse, atrapados en el tiempo.

En resumen: no llamó a nadie en concreto. Marcó los números de manera aleatoria, impulsado solo por las desesperadas circunstancias mientras evocaba, quizás, se me ocurre, cuanto dios recordó en ese momento. Nadie le contestó. ¿Qué tan desafortunado es eso? ¿Habría sentido el desahucio cada vez que escuchaba el *sistema correo de voz*? ¿Pensaba que tal vez en la siguiente llamada, la sexta o la séptima, finalmente le contestarían? Me pregunto

si deseó, más bien, no haber tenido un solo minuto para llamar y así quitarse la necesidad de seguir marcando.

Vega recorrió el apartamento por todas partes, buscando algún lugar por donde escapar. Pero no encontró ninguno. Lo único que podía hacer era resguardarse allí y esperar. Lo hizo así, confiado en la manifestación de un milagro, del maravilloso cambio de plano que atisba el detalle desapercibido: el aliado inesperado, armado, que dispara sobre el enemigo. Rezó para que sucediera ese giro tan común en las películas, que le da al héroe una segunda oportunidad y más segundos de metraje. Aunque también puedo estar especulando demasiado. No tengo idea de en qué pensaba.

La manija de la puerta comenzó a sonar y Vega seguía allí, pasmado. Desde el otro lado intentaba entrar y Vega sabía demasiado bien que lo lograría. Corrió a la cocina y agarró uno de los cuchillos, el más grande, y se acurrucó en una esquina a esperar lo inevitable.

Cuando la puerta cedió al fin, no lo hizo con un estrépito de astillas volando. Por el contrario se abrió con delicadeza, lento. Había aprendido a forzar las puertas con la gracia de un ladrón. Fue un movimiento hermoso, sutil. Ni siquiera las bisagras arruinaron el momento. Vega vio todo desde su esquina, encogido y con su cuchillo en alto como única defensa. Estaba aterrorizado, no dijo nada. Aunque luego, evidentemente, reaccionó.

Gritó. Gritó como lo habían hecho todos los anteriores, los que lo habían señalado, los que lo habían traicionado. Intentó zafarse dando otros nombres. El pobre diablo no sabía que era el último de la lista. No hacía esto en aras de sacarle información, ni por estúpidas fantasías catárticas. Lo hacía por el puro deleite de verlo sufrir. Con cada nueva herida sus alaridos eran más débiles. Sin embargo, la destreza con que hacía los cortes prolongaba su agonía. Vega no se movió más.

Cuando los policías llegaron, mucho después, en mi opinión, encontraron la puerta cerrada con llave. Entraron a la fuerza y encontraron a Vega tirado en el piso. Aún tenía el cuchillo en la mano. Revisaron el apartamento, pero todo parecía intacto. Encontraron su celular y chequearon las llamadas que hizo. Preguntaron al administrador, pero no les supo dar razón. Interrogaron a la mujer de al lado, la que llamó a la línea de emergencias, pero ella no lo conocía. Escuchó los gritos opacados por la lluvia y pensó que era algo menos espantoso de lo que realmente había pasado.

¿Era aquello un suicidio?, se preguntaron los forenses. ¿Las evidencias apuntaban a ello? Les parecieron raras las llamadas que hizo. Eran atípicas. Lo resolvieron pensando que buscaba a alguien, a quien fuera, para hablar antes de quitarse la vida. Pero lo más extraño era la posición del cuerpo. Esos cortes parecían demasiado, y aquí repito sus palabras, salvajes. El grosor de las heridas no podía encajar del todo bien con la hoja del cuchillo, eso

saltaba a la vista. La sangre parecía haber salido disparada de su cuerpo hacia el piso, los muebles y el techo. ¿Por qué?, se preguntaron, ¿por qué había decidido arrancarse las entrañas? Era demasiado doloroso, demasiado autodestructivo. Había casos, sí, pero esto rayaba en la demencia, opinaron. Muchos interrogantes, pero ninguna respuesta clara.

No dijeron nada más. Una opción menos trabajosa, menos comprometedora. Recogieron el cuerpo y llenaron sus actas. Se fueron con la esperanza de olvidar lo que habían visto. Por supuesto a nadie se le ocurrió pensar que Vega debió esperar con anticipación su propia muerte. Que más temprano que tarde lo encontraría y saldaría las cuentas pendientes porque, después de todo, no puedes impedirle a las rocas caer al suelo, a la noche ser noche, al día ser día. Su asesinato fue algo esencialmente natural. A ninguno se le pasó por la cabeza que luego de encargarme de Vega me lavé y me puse un sobretodo encima de la ropa manchada, agarré sus llaves y cerré la puerta.

TODO LO QUE PUEDE OIRSE

Dice:

—Tráelo, por favor. Por mí.

Qué linda que es. Es rubia y yo siempre he tenido debilidad por las rubias. Inclina la cabeza a un lado y sonrío, porque sabe que su cuello expuesto me quita el aliento. Me mira y pestañea lentamente, consciente de que así como está no me voy a negar. Ni siquiera espera que le replique.

Claro, no lo hago. Tengo el merlot en la mano pero la botella que ella quiere está en el cuarto de donde vienen los golpes, que ahora suenan más fuerte. Los escucho desde hace un rato. Igual que otras veces, no es que aparecieran de pronto sino que me percaté de ellos repentinamente. Como el tic-tac del reloj que luego ya no se puede dejar de oír. Quería ignorarlos, pero esto lo cambia todo.

—Bebamos este —digo en contra de todos mis instintos e intento agarrar su mano. Ella retira la suya. No parece contenta con lo que dije. Tal vez por eso su voz suena distinta cuando insiste con esa plegaria que, quiéralo o no, es una orden:

— ¿Por favor?

El ruido del cuarto se intensifica. El llanto y los gritos se suman ahora a los golpes de la puerta. Escucho que araña la madera con tanto esfuerzo que podría arrancarse las uñas. Patalea con vigor, grita con un delirio enfermo. Suena tal y como el primer día: las amenazas, las súplicas, los intentos vanos por liberarse de los grilletes y romper las cadenas.

— ¿Por favor? —me repite ella y me doy cuenta de que llevo un par de minutos sin decir palabra alguna.

Ella no oye nada. ¿Por qué debería?, los ruidos no son reales. Lo sé. La gente muerta no hace ruidos. Me lo repito una y otra vez. Aun así los golpes suenan, llueva o relampaguee. En ocasiones son simples zumbidos en mis oídos, pero también hay momentos en que resuenan por toda la casa y me despiertan o me alteran donde sea que esté. Por lo mismo me gustaría no entrar tanto en ese cuarto. Porque si escucho, ¿qué me impide, tal vez, ver? No ha sucedido aún, claro. Cuando entro, las baldosas están tal y como las dejé. La capa de cemento debajo contiene bien el olor. ¿Entonces por qué vienen a mí esos alaridos, esas quejas? ¿A qué se deben esos olores que solo yo siento? ¿Y si un día cruzo la puerta y está ahí, frente a mí, esperándome?

Debo clausurar esa pieza. Es pequeña y no se puede hacer gran cosa allí. Puedo tirar la llave y no volver a entrar. Me lo planteo todo el tiempo, pero nunca lo hago. ¿Qué me amarra a esa habitación? Siempre encuentro razones para ir allí. No entiendo por qué. El

estante es viejo y estrecho. No cabe mayor cosa y siempre tengo que estar limpiando y reorganizando las cosas que guardo ahí. Es oscuro, incómodo para leer. Cuando lo hago casi que tengo que ponerme el libro en la cara para entender una palabra. Y, por supuesto, los ruidos. Todo sería más sencillo si no entrara y aun así yo...

—¿Qué pasa? —me pregunta ella—. Si estás tan aburrido, entonces será mejor que me vaya.

Cedo. Me levanto y se me ocurre que puedo hacer que ella se resigne. Empiezo a revolver el mueble. Hago remedos de buscar la botella y maldigo en voz alta el no encontrarla, aunque por cómo me mira sé que no puedo volver sin el cabernet. Ella está determinada a tenerlo y si regreso con las manos vacías se irá. Eso sí es inadmisibile. Se me ocurre otra cosa.

—Puedo ir a comprar otro. No me demoro nada.

—No sea idiota —me responde. Y esta vez no se reprime en demostrar que está harta de esta conversación—. Dos botellas. Yo vi cuando las compró. Debe estar por ahí, en algún sitio. Es cuestión de que busque bien. ¿Quiere que le ayude?

Lo sé. Por supuesto que me vio. Después de todo ella escogió los vinos cuando nos encontramos para almorzar. No entiendo por qué tanto revuelo si igual también le gusta el merlot. Vuelvo al mueble. Sigo en mi abre y cierra cajones. No quiero admitirlo pero ahora es cuestión de voy o voy allá. Supongo que es mi culpa. Dejé el cabernet en ese cuarto pues

no pensé que se pondría tan quisquillosa. Luego fui a recogerla y tengo la absoluta certeza de que ella no avisó a nadie que venía para acá. Le pregunté cuando salimos de su oficina. Me contestó sin darle mucha importancia. Preparé todo para que saliera perfecto.

Escucho. Ahora tira cosas contra la puerta. Primero algo que estalla como porcelana y luego algo contundente que, tras impactar la puerta, cae al suelo con un ruido duro y seco.

Me rindo. Agarro el merlot de la mesa. Camino hacia la puerta y me siente, por lo que el escándalo que hace es mayor. Protesta con los mismos improperios de siempre: las amenazas de que voy a arrepentirme, las súplicas piadosas. Las mismas palabras, una por una, aunque ahora solo las utiliza para que yo no deje de oírlas; las grita mecánicamente y casi que las recito entre labios, al mismo tiempo que las pronuncia, de tanto que las he escuchado.

Es inevitable. A cada paso que doy, los golpes, los ruidos y los alaridos son más frenéticos. Estrella su cuerpo contra la puerta para tumbarla. Los empujones hacen vibrar los vidrios y los impactos que provocan hacen tambalear los cuadros. La casa tiembla hasta los cimientos y todo parece que va a desmoronarse de un momento a otro.

Cojo la manija. Tengo la sensación de que la puerta va a ceder. Su aliento se filtra por las fisuras, huelo el tufo de los dientes podridos. Hay un apetito animal en ese vaho que atraviesa la puerta por las rendijas del marco y escucho cómo se relame ansiosamente, cual perro hambriento. Tal vez no importe, pero me pregunto qué habrá sido del suéter que

llevaba puesto. Ahora debe estar lleno de tierra y los gusanos deben haberlo agujereado. Se lo habría quitado de no ser por lo arruinado que quedó. Es una lástima, me gustaba ese suéter. Al fin y al cabo siempre he tenido mis debilidades. Todos las tienen. Grita y grita sin pensar en que aún recuerdo las tuyas. Solía pasarse con el trago. Ella también las tiene, lo sé, pero eso no viene a cuento.

Abro la puerta.

Pongo el cabernet ante ella. Me da esa mirada de autocomplacencia que quiere decir “ves, te lo dije”. La tomo de la mano y ahora toma la mía a su vez. Solo me mira. ¿Por qué no habrá querido el merlot? Me doy cuenta de que lo dejé allá, en el cuarto. Por la mañana lo recojo, igual tendré que entrar. Escucho con atención y de nuevo los golpeteos, constantes y leves, salen de allí. Se oyen a intervalos de tres: toc, toc, toc. Y otra vez: toc, toc, toc. Ella me nota distraído y me jala un poco con la mano. Me enfoco en ella.

Qué linda que es.

EL EXCLUIDO

El doctor M soñó:

Para variar se sentía bien y quiso salir a caminar. Se arrancó la aguja del suero. Se levantó y salió del cuarto, aunque en cuanto lo hizo se encontró en una casa desconocida. Los pasillos eran ondulaciones que serpenteaban como ríos. Había un segundo piso, a juzgar por los sonidos que se escuchaban en el techo, a pesar de que no encontró ninguna escalera por la cual subir. Intentó entrar en algún cuarto, pero las puertas de ángulos torcidos estaban clavadas a los marcos.

Caminó. Anduvo tanto tiempo como para vivir una vida entera. Entonces llegó al único pasillo recto que había. Era larguísimo. Tenía puertas numeradas al lado derecho y unos ventanales por pared al izquierdo. Habría sido una linda vista de no ser por la niebla que lo cubría todo y solo dejaba ver unos pocos arbustos y una que otra rama de un árbol. Al final del corredor se podía ver una puerta abierta y alguien allí saludando.

El doctor M quiso saber quién era. Se acercó lentamente y se dio cuenta de que la conocía. Era su esposa. Avanzó desconfiado, tanto como su intuición le dictaba. Vio que más personas se asomaban desde aquella habitación y lo llamaban. Reconoció a su padre y a su

madre, a sus hermanos y primos, a sus amigos y amantes. Lo animaban a acercarse con gestos. Todos parecían singularmente alegres de verlo, lo que le extrañó al doctor M.

Ven, decían sus hermanos. Acá estamos todos, decía su padre. El doctor M tuvo la sensación de que detrás de aquella puerta no había una habitación, sino más bien un jardín. Un delicioso aroma, fresco y natural, le llegaba desde allí. Se escuchaba la brisa golpear las hojas de los árboles y el cantar de los pájaros cuando chapotean en las fuentes.

¿Qué esperas?, ven. Dijo su esposa. Acá están nuestros hijos. Como si hubieran esperado a que su madre los mencionara, el ruido de voces de unos niños comenzó a escucharse en ese mismo instante. Correteaban y jugaban, felices. Lo llamaban. Papá, papá. Ven a jugar. Sus caritas aparecieron en una esquina y le hacían guiños para provocarlo en sus juegos.

Ante esto, el doctor M se decidió a ir allí. No recordaba la última vez que sus hijos se alegraron de verlo, ni que su esposa estuviera dispuesta a dirigirle la palabra. Así que corrió con todas sus fuerzas, para encontrarse con ellos. No pensó en sus malgastados pulmones, pues ya no tenían ninguna dolencia, no le reclamaban el aire que no les llegaba. Aceleró a tal ritmo que se le cayó una de sus pantuflas y las gafas, aunque no estaba seguro de si las había llevado todo el tiempo. Entre más se acercaba más rostros veía en fila, apeñuscados contra el marco, sonrientes y animados. Lo llamaban por su nombre, alborotados. Distintas épocas, diferentes momentos de su vida se apretaban el uno contra el

otro en las personas que había conocido, mezclados anacrónicamente en el tiempo y el espacio. Un cuadro de su vida en el cual él era el único ausente, la última ficha del rompecabezas que aún no tenía su última hora.

Llegó lejos. Una luz de verano emanaba cálida, briznas de pasto aromático lo golpeaban en la cara. Quería estar allí, donde lo invitaban. Estaba a punto de tocar a su esposa con la punta de los dedos cuando todos ellos, sin excepción, se lanzaron contra la puerta y la cerraron de golpe, en sus narices. Todos reían. El doctor M aún escuchaba sus risas cuando despertó. Se preguntó por qué todos esos muertos habían tenido por gracioso hacerle tal broma. Pero se inquietó más por no ver qué había detrás de esa puerta.

CUESTIÓN DE PERSPECTIVA

Doy la vuelta en la esquina y los pasos ajenos me imitan. Entonces no hay duda: me sigue. Acelero el paso y el otro apresura el suyo. Disminuyo y él igual. Me armo de valor y giro para enfrentar a mi enemigo. Está a diez pasos, pálido y con unas marcas alrededor de los ojos que resaltan el horror de su expresión.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Un fantasma! —dice.

LA ESTACIÓN

— ¿Me llamaste? ¿Tú? —te dice.

Miras a lo largo de la estación y no hay nadie. Hace un segundo él tampoco estaba. Solo un tren pasa por la calle Rosero a esta hora, en camino al colegio Santa Renata, pero no para aquí. No está programado. Expulsas el humo del cigarrillo y te restriegas los ojos con la mano.

—Ustedes son raros, ¿sabías? —te dice.

Dos meses atrás todo lo que estás a punto de hacer te habría parecido ridículo, imposible. ¿Por qué las cosas se han puesto así? Después de todo, era a prueba de tontos. Piensas en la notificación judicial que viste esta mañana sobre la mesa. La policía ya debe estar buscándote. Pero no te van a atrapar, vas a asegurarte de ello.

Desfalcaste el dinero de la empresa, lo sabes. Cientos de personas van a sufrir por lo que hiciste. Pero viéndolo en perspectiva lo único que te molesta es que te agarren y te hagan admitirlo, te hagan pagarlo. Por eso lo llamaste, porque es tú mejor opción.

— ¿Ahora no me hablas? Te recuerdo que yo no tengo nada que perder. Puedo irme si quieres — te dice.

La cuestión ahora es si serás capaz de hacerlo. Claro, lo has llamado y todo eso, pero lo cierto es que tienes miedo. Miedo de no ser capaz de dar el paso, miedo de que en el último instante algo salga mal y las cosas se pongan peor. Si te atrapan, tu vida, o lo que quede de ella, se volverá un infierno. Terapias, juzgados, reparaciones a la comunidad. Como si te importara un rábano la comunidad. Lo único que te importa, no lo olvides, es la vergüenza que te harán pasar.

No, que te atrapen no es una opción. Todo debe salir bien. Repasas de nuevo el plan en tu cabeza. Igual que cuando falsificabas facturas, inventabas documentos y simulabas exportaciones. A la mierda, piensas, no les vas a dar la satisfacción.

¿Qué diría mamá si se enterara?, se te ocurre de repente. Ella siempre decía que los únicos amigos son Dios y la plata. Pues ahora que uno se desvaneció y el otro te abandonó, ¿esto le habría parecido el camino más apropiado a ella?

—Listo, hagámoslo — le dices.

—Bien, bien — te contesta.

—Tenga en cuenta que tomé esta decisión por mi propia cuenta. Llamarlo a usted era un mal necesario, pero aun así el mérito debe ser solo mío —Hasta el último momento orgulloso, eso está bien.

—Me lo dices como si me importara un bledo el reconocimiento. Sabes bien que lo único que me interesa son los beneficios —te dice.

Mira, se está relamiendo los labios. Qué asqueroso, piensas. El tener que involucrarte con él es, por mucho, lo más bajo que has caído. No es seguro, pero llegado este momento decisivo lo rutinario es hacer la cuenta de todos los actos, buenos y malos, de tu vida. Haz memoria de cuando, en quinto grado, tomaste las onces de un compañero, las lanzaste a los perros que hacían guardia en la noche y luego culpaste a una chiquilla, una tontica con autismo que apenas si le interesaba lo que se le decía. Al principio fue divertido, pero luego fue para desternillarse de la risa cuando la echaron del colegio por falta de “habilidades sociales”, ¿lo recuerdas?

Piensa en Cata, tu primer gran amor, tu primera gran decepción. Descubriste que, por tres meses, salió al mismo tiempo con un dientón que doblaba su edad y que todos parecían estar al corriente. El engaño no fue tan doloroso como el enterarte de que fuiste la burla de todos. Porque, ante todo, jamás deben reírse de ti, ¿verdad? En venganza le pagaste al tipejo aquel para que tomara las fotos, las copiara y distribuyera indiscriminadamente. Aunque nunca se pudo comprobar tu participación, nadie se dignó a dirigirte la palabra

nunca más. No te importó. Para evitar más problemas te despidieron. Te largaste de allí con una buena bonificación porque, claro, no pudieron justificar el despido y demandaste.

Te mereces esto. Se te ocurre que todos los actos y logros de tu vida han sido, de una manera u otra, juzgados como malvados, maquiavélicos, inmorales. No es que pienses de ti como una mala persona, o buena si vamos al caso, pero ¿y si de verdad eso tiene alguna importancia real? ¿Si de alguna forma se calcula tu vida con respecto a los actos buenos y los malos? No lo pensaste nunca. En todo caso ahora lo haces y se te ocurre que no hay balanza que no puedas inclinar a tu favor. Pero no te engañes. Sé sincero. Lo que quieres es no dejar cabos sueltos.

—Sabe..., yo dono parte de mi salario a un refugio de animales —le dices.

—Ajá... —te contesta— todo está previsto.

Esperas a que diga algo más, pero eso es todo. Es decepcionante, frustrante. Si es todo tan aburrido para él entonces por qué te habló en primer lugar. Bien pudo quedarse callado todo el rato con las obviedades sobreentendidas entre los dos. Pero ahora que intentas incluirlo en la conversación, se hace el idiota y no dice nada. Quieres sentir algo por él, odio, tal vez, pero en eso escuchas un leve rumor.

—Escucho algo. Ya viene el momento, ¿verdad? —le preguntas.

El tren se acerca. Te levantas de la silla y te arreglas la chaqueta. Te parece que es un grosero por la forma como mira al vacío sin prestarte atención. Después de todo está aquí porque lo has llamado. Al menos podría mirarte. Esta situación en definitiva no ha salido como la habías planeado. Esperabas una conversación más profunda antes de que todo sucediera, algo que justificara todo tu esfuerzo por contactarlo esta noche. Sientes un vacío al considerar que, de salir bien las cosas, tu conversación de esta noche ha finalizado con una referencia a una plata que das a un refugio de animales. Además, te recuerdo, un refugio que no tiene animales a su cuidado. Era una excelente forma de lavar dinero. Parte del desfalco, por supuesto.

Pero aunque te habría gustado tener un poco más de presencia, no hay tiempo para más. El tren pasará a toda velocidad y solo tendrás unos segundos para hacerlo. Ya ves las luces a lo lejos, así que te giras de nuevo, él ahí sentado viendo a ninguna parte, y preguntas:

— ¿Me asegura que existe?

Él mira como sorprendido por la pregunta. Te sonrío. Se levanta, te da la espalda y empieza a caminar hacia las escaleras de salida, dando salticos y silbando. Reconoces la melodía. Es la del tipo que canta bajo la lluvia. A fin de cuentas, piensas, eso es lo que resulta de los malos tratos. Lo bueno es que lo entiendes sin razonamientos ni discursos. De nada valió llamarlo, después de todo. Él obtiene los beneficios y tú las pérdidas, cuestión de buenas matemáticas. No importa que corras tras él ni que intentes detenerlo para renegociar.

Si te distraes la policía podría agarrarte. Te arreglas de nuevo la chaqueta y saltas a las vías del tren.